

FILOSOFÍA DE LA EDUCACIÓN PARA LA LIBERACIÓN EN LA AMÉRICA LATINA DEL SIGLO XXI: ENTENDER LA REALIDAD DEL SIGLO XX Y SU PROYECCIÓN HACIA EL SIGLO XXI A TRAVÉS DEL LENGUAJE

*Mario Magallón Anaya**

RESUMEN: La cultura debe ser concebida como un elemento esencial para la educación, la formación, el mejoramiento y la perfección de los seres humanos. La cultura tiene que ser entendida como el conjunto de los modos de vivir y pensar en el tiempo y en un espacio histórico-social. Es allí donde la educación ha desempeñado un papel central para entendernos, hacernos comprender y comunicarnos a través de las diversas formas expresivas humanas. Destaca de manera especial el lenguaje, en sus diversas formas, porque es por éste, que el espíritu humano razona y comprende.

PALABRAS CLAVE: Filosofía, Cultura, Educación, Lenguaje, Liberación.

ABSTRACT: Culture must be conceived as an essential element to education, formation, improvement, and perfection of human beings. Culture must be understood as a group of living styles, and ways of thinking along the historic and social time and space. That is where education has played a main role to understanding, expressing ourselves, and communicating through several manifest human forms. Here language is specially stressed in its different forms because through it the human spirit thinks and understands.

KEYS WORDS: Philosophy, Culture, Education, Language, Liberation.

Después de la experiencia de un siglo XX turbulento, con dos grandes conflagraciones mundiales, de guerras de liberación nacional, de golpes militares, de intervencionismo norteamericano en América Latina y

* Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, UNAM (mariom@servidor.unam.mx).

el Mundo, considero pertinente plantear, antes de iniciar nuestra reflexión, la siguiente pregunta: ¿Se aprende de los cataclismos? La interrogante nos pone en camino para iniciar nuestra indagación, lo cual implica, obviamente, un ejercicio de la razón, de un aprendizaje y, en consecuencia, de una educación; una toma de posición epistemológica, existencial e histórica.

En todo ello es necesaria la educación y la reflexión para aprender y entender el proceso histórico y así apreciar las hazañas de la inteligencia y transmitir los aprendizajes de los medios y los fines del saber y de la cultura. Por lo tanto, es preciso educar para ejercer la facultad de pensar como un ejercicio de la razón, como una forma para poner límites, orden y medida a las cosas, como atinadamente lo pensó Platón.

La cultura debe ser concebida como elemento esencial para la educación y formación de los seres humanos, así como de su mejoramiento y perfección. La cultura se tiene que entender como el conjunto de los modos de vivir y pensar en el tiempo y en un espacio histórico-social. Educar para entender y hacernos comprender, para comunicarnos a través de las diversas formas expresivas humanas, donde destaca de manera especial el lenguaje, porque a través de éste el espíritu humano razona y comprende, como ha escrito Aristóteles.

Es el lenguaje el medio de comunicación por el que los seres humanos establecen relaciones significativas y dialógicas. Todo lo cual lleva inevitablemente a interrogarnos: ¿El lenguaje es medio y fin para expresar el por qué, el cómo y el para qué del sentido ontológico y epistemológico de los seres y de las cosas, y a través de éste es posible expresar, entender y comprender la realidad de lo inteligible y de lo sensible? De entrada diríamos que el lenguaje es una de las fuentes fundamentales para el entendimiento y la práctica de la razón. Sin embargo, el lenguaje no se puede concebir sin el ejercicio de la comunicación entre los sujetos en sociedad. Por esto mismo, el lenguaje es el fenómeno social por excelencia.

El lenguaje, como escribe Arturo Andrés Roig, “es el mundo de los signos que hace de la repetición mediación de todos los mundos posi-

bles". Como a la vez, es la superación de la clásica dicotomía expresa-
da tradicionalmente como "alma/cuerpo",¹ porque el lenguaje tiene un
sentido simbólico y polisémico, sin que por ello sea equívoco y pierda
valor su forma expresiva.

Por lo demás el lenguaje no se reduce a la palabra, ni es tampoco espejo puro de la conciencia. En verdad, hay una multiplicidad de lenguajes en cuanto que la relación de los seres humanos con el signo, sea que se trate de signos propiamente dichos, o de manifestaciones a las que les atribuimos valor signíco —éste— cubre la realidad entera. Con el cuerpo hablamos y el cuerpo nos habla a través de sus síntomas que son, por cierto, nuestros síntomas; y con los mundos sucede algo semejante, pensemos en el mundo del arte: a través de él ponemos en ejercicio anímico corporalmente un lenguaje, y la obra de arte, salida de nuestras manos, nos habla de su lenguaje. Así pues, del mismo modo que el mundo se nos abre en una inmensidad de mundos, el lenguaje estalla de una inmensidad de lenguajes clausurando dicotomías.²

El lenguaje es quizá la primera manifestación humana que permite abstraer las imágenes generando un sistema de símbolos, que hace posible la comunicación entre los seres humanos. El lenguaje es el vehículo para educar y entender el vínculo fundamental de transmisión de los medios y fines de la cultura. De esta forma, se puede decir que el lenguaje es la obra más significativa y trascendente que el espíritu humano ha desarrollado. Es una forma de expresión altamente elaborada para transmitir cualquier experiencia humana que pueda ser comunicada. Y esto no puede ser otra cosa que el ejercicio de la razón, del pensar a través de formas representativas, simbólicas y abstractas de la realidad social e histórica.

El filósofo liberal inglés Isaiah Berlin señalaba que los grandes movimientos sociales se inician con las ideas, las cuales no pueden ser

¹ Arturo Andrés Roig, "Condición humana, derechos humanos y utopía", en Horacio Cerutti Guldberg y Rodrigo Páez Montalbán [coords.], *América Latina: democracia, pensamiento y acción. Reflexiones de utopía*, México, CCYDEL-UNAM/Plaza y Valdés, 2003, p. 107.

² *Ibid.*, p. 108.

otras que el resultado de las relaciones entre los seres humanos y de aquello que son lo que pueden ser y lo que serán.

Cuando reflexionamos sobre nuestro pasado inmediato, de un tiempo histórico fenecido, se suceden imágenes de la experiencia de un siglo XX tormentoso y de crisis permanentes. Por un lado, el final del segundo milenio nos dejó los planes de vuelo de las líneas aéreas internacionales, las transacciones globales de las bolsas de valores, los congresos mundiales de los científicos, los encuentros en el espacio sideral; por el otro, guerras, destrucción, muerte, miseria, exclusión, globalización y el neoliberalismo.

EL BREVE SIGLO XX

El siglo XIX (1789-1914) fue el más largo de la historia. A éste le había sucedido, como ha escrito Eric Hobsbawm, un breve siglo XX (1914-1989).³ Es decir, el comienzo de la Primera Guerra Mundial y el desmoronamiento de la Unión Soviética y el final de la “década perdida” en América Latina (1989) enmarcan este antagonismo que atraviesa un periodo de dos guerras mundiales y la Guerra Fría. Esta rivalidad se sitúa en el espacio de la economía de los sistemas sociales, en la política de las superpotencias y en el espacio cultural de las ideologías, como de su supuesto “fin”.

Durante este periodo, según algunos autores europeos, como Jürgen Habermas, señala que “la historia contrajo el virus de la filosofía de la historia y se extravía”. Es hasta la caída del Muro de Berlín en 1989 que se vuelve sobre la vía de las historias nacionales, tan menoscambiadas por los historiadores y los teóricos sociales, europeos y americanos. Durante el último medio siglo XX se da la descolonización, la independencia y la liberación de las naciones africanas y asiáticas.⁴ Dentro de toda

³ Cfr. Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Grijalbo/Crítica, 1998.

⁴ Cfr. Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión de los nacionalismos*, México, FCE, 1997.

esta experiencia existe en los pueblos liberados la idealización de la construcción de las patrias, muchas veces cargadas de dolor y de un sentimiento profundo, cuya categoría básica es la demanda de la inclusión de su humanidad en el Planeta y en la totalidad del género humano. Más aún, cuando la patria real ha sido construida de marginaciones y exclusiones, es necesario mirar cómo se sufre. Es “una patria de marginación y de exclusión que repite una experiencia de muerte celosamente encubierta por las historiografías liberales y marxistas”.

El siglo XX trae los rasgos oscuros del totalitarismo y destruye las esperanzas de domesticar al Estado y el espacio de la convivencia social entre los individuos. La violencia totalitaria de las naciones hace que la guerra traspase y viole los límites del derecho internacional; de la misma manera la implacable violencia de los partidos únicos y dictatoriales y sus prácticas terroristas destruyen el orden social, así como los golpes militares y la violación de las garantías democrático-constitucionales neutralizan la lucha política y la negociación en el interior de gran número de países en el mundo. En América Latina las asonadas violentas, los golpes militares y las dictaduras fueron una constante durante el siglo XX. Es la presencia de un siglo conformado por luz y sombras, por concepciones teóricas, sociales, filosóficas y científicas de mundos antagonicos que en la práctica política e ideológica se enfrentaron a fuerzas totalitarias, autoritarias, liberales, socialistas, anarquistas.⁵

En este acontecer de la existencia humana, de la vida misma, aparecen las expresiones más oscuras del siglo XX. En él se inventaron las cámaras de gas, las bombas atómicas de destrucción masiva y la guerra total; el genocidio por el mandato del Estado, los campos de concentración y exterminio; el lavado de cerebro, el sistema de seguridad del Estado y la vigilancia panóptica de pueblos enteros. Este siglo produjo más víctimas y más ciudadanos asesinados, más soldados caídos,

⁵ Cfr. Carlos Guevara Meza, *Conciencia periférica y modernidades alternativas en América Latina*, México, UNAM, 2003 (tesis de Maestría en Estudios Latinoamericanos, Filosofía).

más civiles ejecutados y minorías expulsadas, más personas torturadas, violadas, hambrientas, congeladas, más prisioneros y fugitivos políticos, barbarie y destrucción que nunca nadie en la historia del mundo había imaginado.

De esta forma, la violencia y la barbarie determinaron el signo de la época. El siglo XX terminó con problemas para los que nadie, hasta la actualidad, tiene una solución y ni parece tenerla, porque están atravesados por el egoísmo y la prepotencia de los más fuertes. Mientras los ciudadanos de fin de siglo abrieron un camino a través de la niebla global hacia el Tercer Milenio, con un neoliberalismo económico que se agrieta y hace agua por todos lados, éste nos va arrastrando de forma irremediable hacia el precipicio de desolación, miseria, marginación y pobreza, el cual permea y penetra a los países del mundo desarrollado, especialmente, en los subdesarrollados se ha convertido en el más grande obstáculo para la consolidación de la democracia y con ello, la justicia, la solidaridad, las libertades y el desarrollo humano en la región.⁶

Arturo Andrés Roig⁷ considera que la experiencia histórica de la caída del “Muro de Berlín” es la pérdida de la fe en la razón concebida como ordenadora de las cosas humanas, como consecuencia del descreimiento y del escepticismo, los cuales tienen sus antecedentes en la Segunda Guerra Mundial. El derrumbe del socialismo histórico acabó con la Guerra Fría, esto no es otra cosa que el error y desacierto de la intervención de la marcha de los procesos económicos y sociales y, paralelamente, de las doctrinas liberales y neoliberales del mundo capitalista occidental.

Con la caída del “Muro” para los occidentales de tendencias de izquierda, se cayeron los referentes del discurso socialista y, al lado de ello, el Estado benefactor keynesiano, democrático pero, excluyente, negación del socialismo histórico y del proyecto igualitario y equitativo.

⁶ Cfr. Eric Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, España, Grijalbo/Mondadori, Crítica, 1998.

⁷ Cfr. Arturo Andrés Roig, “Necesidad de una segunda independencia”, *Cuadernos Americanos*, Nueva Época, núm. 100, México, julio-agosto, 2003.

El cambio de época mirado desde Europa aparece simbolizado por el derrumbe del muro de Berlín. Mirado desde América Latina dicho cambio épocal, sin descuidar la representatividad de ese acontecimiento como momento puntual especialmente visible de las transformaciones que han cambiado social, cultural, económica y políticamente el mapa del mundo, parece operarse desde otros “derrumbes” que, aunque articulados de alguna manera con aquél, configuran una realidad y un imaginario con acentos propios; a saber, los “derrumbes” de la revolución nicaragüense y las dictaduras militares en el Cono Sur... Para América Latina, frente al corto siglo XX que alcanzó su clímax en una fuerte dramaticidad de lo político como espacio de redención histórico-utópico y paradigmáticamente expresado en la triunfante Revolución cubana, el siglo XXI que ya hemos iniciado parece caracterizarse por una desdramatización del espacio señalado: el enfriamiento de la política. Éste puede interpretarse como un proceso en el que la restauración democrática emplazada por la amenaza del autoritarismo que buscó justificarse en la amenaza de la revolución, desemboca en democracias vivientes que, desplazando del nivel visible al autoritarismo, parece mantenerlo invisibilizado en el nivel fundante de su identidad en la que el fracaso de la revolución como utopía refundacional supone la resignificación de los fuertes contenidos de la sustantividad democrática que se articulan sobre la realización de la igualdad.⁸

La restauración de la democracia trajo como consecuencia la afirmación del énfasis politicista y proceduralista y “camaral”, lo cual va a ser definido por la práctica de la libertad de libre mercado y del sometimiento a las reglas y las leyes del mercado político y en las elecciones de representantes, cuyo ejercicio, el de la representación, tiende a la transformación de la delegación dentro del marco de una crisis generalizada de participación, la cual había estado fuertemente instalada en el espacio tradicional de lo político, que hasta hoy ha sido el ejercicio de una democracia limitada.

En el horizonte histórico-social mundial encontramos un gran número de filósofos con sus filosofías que, sin un previo análisis de la situación de la modernidad política y social, reposicionaron las “éticas

⁸ Yamandú Acosta, “Democratización y utopía *Nuestroamericana*”, en Cerutti y Páez, *op. cit.*, pp. 147-148.

indoloras” a través de argumentos retóricos, más que filosóficos, del mismo modo que organizaron un discurso de renuncia a la razón, al *logos*, rayando en la inmoralidad, en tanto que proponen el “ablandamiento ético” y el rechazo de las “morales duras”; al mismo tiempo que predicen la renuncia a las posiciones “fuertes”, cayeron en la tentación y se entregaron a un pensamiento “débil” que ablandó y suavizó su postura crítica para colocarse, ante la falta de certidumbres en la imprecisión y la disolución, en la aceptación de lo vigente, de un irracionalismo desmesurado, fragmentado y subjetivista y en un afán por buscar la reconciliación se cae, no sé si conscientemente, en la “nihilización” de la existencia, en la desesperanza, la resignación y la aceptación del estado de cosas existente.

En la sociedad de consumo planetaria, el pensamiento calculador, según Finkielkraut, nos “descubre que la utilidad de lo inútil, asalta metódicamente el mundo de los apetitos y de los placeres, y, después de rebajar la cultura al rango de los gastos improductivos, eleva cualquier distracción a la dignidad cultural”.⁹ Esta “concepción bancaria” de la cultura, para decirlo en términos del filósofo y educador brasileño Paulo Freire, olvida que el énfasis no se debe poner en las cosas, sino en los seres humanos; que las cosas son tan sólo racionalidad instrumental al servicio del ser humano. En el vértigo de la posmodernidad desbocada, el ser humano contemporáneo ha perdido el *yo* pero, en realidad, ha perdido el *tú*, al otro, el semejante y, por lo mismo, no es capaz de encontrar el “nosotros”, el cual visto en buen sentido, le daría un tinte de identidad a la nosotridad y a lo “nuestro”, concebida como constituyente del imaginario social integrador de lo diverso.

Los valores que se representan en esta realidad, se dan en una dimensión diluyente del hacer humano. Por esto mismo es importante volver a la ética y a la axiología, a la valoración del ser humano como forma ética. De este modo, los valores y la ética son formas inter-subjetivas de las relaciones éticas interpersonales en las sociedades y

⁹ Alain Finkielkraut, *La derrota del pensamiento*, Barcelona, Anagrama, 1987, p. 125.

la humanidad entera. En esta misma dirección el filósofo Jean Gevaert, apunta:

Los valores presentan una dimensión intersubjetiva: no son sólo para mí mismo, sino también para los otros, a los que me permite reconocer. Los valores me permiten responder a la llamada del otro y presentan la exigencia de comunicarse. En este sentido, un proyecto de autorrealización humano marcadamente individualista violenta la condición humana.¹⁰

Arturo Andrés Roig, ubicado desde su horizonte histórico-social, realiza una crítica consecuente y atinada a la filosofía posmoderna, de la disolvencia y del desencanto. Así lo expresa cuando anota:

Lo que causaba temor a estas gentes era la razón, a la que acusaban, repitiendo una vez más un discurso ajeno, de contener un “funesto espíritu de dominación”, que había signado toda una época, desde Descartes en adelante y que ahora —gracias a este pensar “ligero”, “sutil”, “leve”, “tenue”, “delicado”, y hasta “gayo” y “alegre” y sin caer en el irracionalismo. Se había logrado encontrar el modo de sujetar al indómito *logos*. Pues bien, este conformismo moral con tan poca sustancia humana no podía sino promover la quiebra de conciencias paralelo, no casualmente con las políticas promovidas por el neoliberalismo en el ámbito mundial. Fue, además, una filosofía, si se la puede llamar tal, pensada para la vida de consumo de sociedades de alto nivel económico y planteada en términos de un hedonismo vulgar y cuyo símbolo [...] ha sido el carrito del supermercado. El avance de los resultados devastadores del neoliberalismo en el mundo [...] ha dejado sin discurso, al fin a estos doctrinarios y otro tanto han hecho las interminables guerras que se han sucedido sin respiro desde la “caída” de aquel Muro y que fue el detonante de ensayistas como Vattimo y Lipovetsky, quienes pronto, en particular el segundo, habrán pasado al olvido.¹¹

En continuidad de nuestra reflexión es posible decir que el siglo XX ha sido el más corto en la historia mundial. Esta cortedad del calendario oculta y busca diluir las tendencias sociales, políticas, económicas

¹⁰ Jean Gevaert, *El problema del hombre*, Salamanca, Sigueme, 1984, p. 195.

¹¹ Roig, *op. cit.*, pp. 18-19.

y culturales de una modernidad social alternativa polisémica, múltiple, incluyente en la totalidad histórica y dentro de la unidad del género humano. Es una modernidad múltiple profundamente humana, que viene desde muy atrás, que ha pasado intocable el umbral del siglo XXI.

Ya en el siglo XXI, la sorpresa, el terror y el desencanto aparecen como algo fatídico y que pareciera que esto va a ser el signo del siglo. El ataque a objetivos estratégicos de Estados Unidos el 11 de septiembre de 2001, por parte de grupos terroristas de origen árabe; las guerras de Afganistán, de Irak, de Israel y Palestina, en donde Estados Unidos, especialmente en los primeros, utilizó formas de destrucción masiva de consecuencias aún no previsibles, pero calculadas, allí donde apenas asoma sus brutales fauces la guerra, la destrucción, la muerte y la desolación. Nada ni nadie ha sido respetado. La vida humana se reduce a excrecencias, despojos. De tal manera, aunque hoy han terminado las guerras regulares en Irak y Afganistán, unas nuevas empiezan con resultados aún imprevisibles, hasta hoy rebasan la cifra de muertos cuando terminó la guerra regular, los cuales suman miles, tanto norteamericanos como iraquíes, con saldo superior, los últimos. De tal modo que el terrorismo globaliza sus consecuencias y resultados que han roto con todas las reglas del derecho y de la política internacional, como de convivencia pacífica.

La globalización del terrorismo es sólo uno de los fenómenos que preocupan a la comunidad internacional, a las sociedades nacionales y al individuo. Hay otras guerras, también de carácter global que no se están ganando. Florece a escala internacional el comercio ilegal de drogas, de armamentos, de la propiedad intelectual, del dinero y de los seres humanos. Pero el combate a estas nuevas pesadillas se lleva a cabo por Estados y organizaciones gubernamentales con herramientas obsoletas, con leyes ineficaces, con aparatos burocráticos inútiles y, en más de un caso, corruptos, y sin la ejecución de una estrategia integral [...]

Los seis jinetes del Apocalipsis contemporáneo —terrorismo, narcotráfico, comercio ilegal de armas, de propiedad intelectual, de dinero y de seres humanos— son producto de un mundo globalizado y aprovechan las ventajas [...] organizaciones apátridas, sin vínculos territoriales ni limitaciones geográficas, con una espléndida rentabilidad, y con la seguridad de

que el libre juego de las fuerzas del mercado habrán de favorecerles y serán poderosos enemigos de las instituciones gubernamentales en los años por venir.¹²

En el horizonte histórico de finales de siglo XX y de inicio del XXI, las naciones subdesarrolladas aparecen en los procesos de recomposición política, social y económica dentro de una realidad global transida de desigualdad, injusticia, pobreza, miseria y destrucción de la vida humana. América Latina viene de un largo y doloroso viaje de represión, gobiernos militares, antidemocracia e injusticia, de proyectos e intentos fracasados de una forma de convivencia social más justa y humana.

Los años ochenta fueron de “transiciones a la democracia” en toda la región, las cuales parece que aún no terminan y amenazan convertirse en “entidades metafísicas congeladas” que obstaculizan llegar a la verdadera democracia como forma de vida cotidiana.

Los discursos de la transición democrática impiden que la democracia se convierta en realidad y en el objetivo por alcanzar, desde los procesos de relaciones sociales, políticas, en un ejercicio justo, equitativo y solidario. La práctica de la democracia en América Latina debe ser de plena participación autogestionaria en situación de justicia, libertad, equidad y solidaridad, que promueva el desarrollo y la superación de la desigualdad y la pobreza.¹³

Un examen de los estados-nacionales latinoamericanos y de los avatares de proyección hacia un modelo de integración regional permite comprobar sus magros logros, de restricciones y fracasos en la búsqueda de alternativas, lo cual presupone plantear y cuestionar las posibilidades futuras de la integración regional.

Desde antes de los años ochenta del siglo XX Latinoamérica entró en una etapa oscura de envergadura y de duración imprevisibles. Todo

¹² Bernardo Sepúlveda Amor, “Educar para entender”, *Este País. Tendencias y opiniones*, núm. 153, México, diciembre, 2003, p. 10.

¹³ Cfr. Mario Magallón Anaya, *La democracia en América Latina*, México, CCyDEL-UNAM/Plaza y Valdés, 2003, pp. 208-234.

se inserta en la concentración mundial del poder económico y político, de la división internacional del trabajo y de la mutación global del capitalismo, como de crisis, que es la causa y componente de los procesos históricos y sus efectos tanto positivos, como negativos.

La concentración mundial del poder y la crisis han traído como consecuencia la descarga de sus costos en los países subdesarrollados, los de las mayorías dominadas y explotadas por los mismos. Es una forma totalitaria, tanto en el manejo de los conflictos internos, como en las relaciones y confrontaciones internacionales.

Dentro de los costos sociales establecidos por la aplicación del modelo neoliberal, fundado en los supuestos de la racionalización y de la reconversión productiva, destacan el desempleo, la desestructuración de los corporativismos sindicales, la supresión de las actividades rentables, el adelgazamiento del Estado y su reconfiguración con un nuevo sentido, la reducción del gasto público, la privatización de las propiedades del mismo, todo lo cual ha tenido consecuencias con altos costos sociales y humanos.¹⁴

En los procesos de globalización, de los llamados por Jürgen Habermas: “Estados (post)nacionales”, el nacionalismo sigue siendo una de las fuerzas dominantes de la política contemporánea. Donde, por una parte, se da una apertura a los proyectos del neoliberalismo y por la otra, aparece una actitud defensiva y de reclusión en lo propio. En América Latina los estados-nacionales se presentan ante una contradicción que necesariamente tiene que enfrentar los estados-nacionales constituyentes del Estado global. Mientras que se da una tendencia de apertura al mercado y al consumo se intenta defender los derechos de la democracia y de la sociedad civil, se empieza a generar en las sociedades de nuestra América el “espíritu de la tribu”,¹⁵ actitud defensiva ante la corrosiva y desestructurante globalización unidimensional imperante.

¹⁴ Cfr. Fernando Calderón, *Sociedades sin atajos. Cultura, política y reestructuración económica en América Latina*, Argentina, Paidós, 1995.

¹⁵ Cfr. Ulrich Beck, *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, España, Paidós, 1998.

Hoy más que nunca estamos obligados a la recuperación y a la creación de un sistema de convivencia política regional desde un orden nuevo, lo cual implica trabajar en favor de una integración de contenidos institucionales y sustanciales de la democracia, factores necesarios para gobernar allí donde todos: mayorías y minorías, asuman el compromiso político de participación en situación de equidad y democracia.

EDUCACIÓN EN AMÉRICA LATINA

En el siglo XX en América Latina existe una gran riqueza de producción intelectual, científica y cultural, la que aún no se ha evaluado de forma sistemática. Se realizan historia de las ideas filosóficas, sociales, económicas, políticas y educativas. En cuanto a educación se ha buscado hasta hoy, enfrentar el analfabetismo, la pobreza y la indigencia.

De acuerdo con el estudio de las Naciones Unidas y la CEPAL, el *Panorama social de América Latina 2001-2002*, en 1997 se concluyó un ciclo de crecimiento que permitió a varios países lograr importantes adelantos en la “reducción de la pobreza”. Sin embargo, se argumenta que América Latina y el Caribe, en su conjunto, especialmente los países de mayor ingreso por habitante, se encuentran en condiciones de formular políticas económicas y aplicar políticas sociales, que una vez reanudado el crecimiento, permitirán alcanzar en el 2015 la meta de reducción de la pobreza propuesta en la *Declaración* aprobada en la *Cumbre del Milenio de las Naciones Unidas*.¹⁶

América Latina deberá hacer un esfuerzo para obtener un crecimiento sostenido y destinar más recursos a políticas y programas sociales de alta calidad, de mayor envergadura, con el fin de reducir la pobreza a la

¹⁶ Cfr. *La Cumbre del Milenio* es la denominación que recibe el encuentro de la Asamblea General de las Naciones Unidas realizado en septiembre de 2000 en Nueva York. En esta reunión los gobernantes de todo el mundo se comprometieron a participar activamente en el cumplimiento de las nuevas metas de desarrollo definidas para las próximas décadas, resumidas en la *Declaración del Milenio*.

mitad y eliminar las manifestaciones más graves de la indigencia.¹⁷ En lo social se hace hincapié en que para alcanzar dicha meta es imprescindible el incremento de los índices de cobertura en la educación y el mejoramiento sustancial de su calidad, lo cual puede reducir las brechas de desigualdad existentes entre niños y jóvenes de distintos estratos socioeconómicos.

Es urgente evitar la deserción escolar en el ciclo primario y aumentar significativamente la tasa de retención en la enseñanza secundaria. Del mismo modo, al comprobarse la considerable subutilización del capital humano acumulado en la región se destacan tanto los patrones de crecimiento, como la calidad de los sistemas de educación superior y de formación técnica. En el mundo en desarrollo, de los 680 millones de niños en edad escolar del nivel primario, 115 no acuden a la escuela. De esta cifra tres quintas partes son niñas. La inscripción en la escuela no significa de ningún modo terminarla. Una cuarta parte de los adultos en los países subdesarrollados no saben leer ni escribir. En el mundo existen 879 millones de adultos iletrados. De esta cifra dos tercios son mujeres. Estas grandes carencias ocurren en el cruce de siglo y de milenio, en el que se asegura que la educación es la base del conocimiento y de la información y esta última es la base del desarrollo técnico industrial, ahora que una “nueva ola” deja atrás la Revolución industrial, a la vez que se desarrolla y se pone en camino y avanza la Revolución “tecnológica” o “posindustrial”, en la que como argonautas vamos montados, aunque no del mismo lado del que van los países industrializados. Por ello, es asunto importante la educación continua para el trabajador, donde la innovación tecnológica genera nuevos empleos, y también desempleo y competencia entre los mejor capacitados y los que no lo están, ello trae como consecuencia la baja en los índices de producción, a la vez que aumentan las frustraciones sociales y psicológicas de los excluidos.

¹⁷ Si se desea ampliar la información revisar, “Panorama Social de América Latina 2001-2002 (síntesis) de la Organización de las Naciones Unidas”, *Perfiles educativos*, núm. 95, México, CESU-UNAM, 2002, pp. 77-97.

En América Latina el problema del subdesarrollo en la educación se vincula íntimamente con la condición desfavorable de las mujeres. Existe una clara evidencia estadística que establece menores tasas de alfabetización en mujeres adultas. Es necesario incorporar a las mujeres a la educación con iguales derechos y obligaciones.

El filósofo de la educación e historiador de la historia de la filosofía de la educación Paciano Fermoso Estébanez considera que en América Latina desde 1963 se dio un repunte en el estudio de la filosofía de la educación, en el que destacan de forma especial países como: México, Argentina y Brasil, en una primera etapa, y posteriormente, Chile, El Salvador, Colombia, en la segunda.

Tal vez el fenómeno sociológico, político, teológico y filosófico más difundido es el de la Liberación, que ha tenido repercusiones en nuestra materia (historia de la filosofía de la educación.) A finales de la década de 1960 comenzó en Brasil, continuó en Chile y Argentina, llegó al Salvador y Colombia, y poco a poco se ha convertido en un clima y una actitud, que clama por la disminución de las desigualdades y exclusiones exorbitantes, y por la solución de la deuda externa. Argentina, con la revista *Stromata* se ha distinguido en la investigación sobre la dimensión filosófica de la liberación.

No hay duda que el autor más sobresaliente ha sido el brasileño Paolo Freire, cuyas obras han sido traducidas a varios idiomas occidentales. Aunque su mensaje es simple, lo ha expresado de diversas maneras. Freire ha incitado a los hispanoamericanos para que se “concienticen” de su miseria y de su opresión, expresen “su palabra” y allanen el camino hacia la democratización política y social.¹⁸

Empero, después de un largo proceso de transición y la caída de los objetivos de la filosofía de la educación, como son la formación y el rescate del ser humano situado en la marginación, la dependencia y la pobreza, se limitan las posibilidades de acceder a una educación para todos de calidad, como de establecer las directrices de una antropología filo-

¹⁸ Paciano Fermoso Estébanez, “Historia de la filosofía de la educación”, en *Filosofía de la Educación hoy. Temas*, Madrid, Editorial Dykinson, 1998, p. 75.

sófica de la educación donde se sintetice la formación de los seres humanos y los capacite en habilidades tecnológicas y cibernéticas. Ésta es la vía que habrá de conducirnos a la “sociedad del conocimiento”. Gran reto, dada las condiciones sociales, políticas y económicas en las que nos encontramos y, por lo mismo, esto en nada garantiza que podamos acceder a ella.

El argentino Gustavo Cosse, especialista en sociología, recientemente ha reforzado lo hasta aquí señalado con respecto a las deficiencias y a los pobres resultados en las evaluaciones de la calidad de los sistemas educativos latinoamericanos, en donde están implícitos los altos costos por alumno y por egresado, los rendimientos diferenciados según tipos de escuelas (segmentación). Es necesario destacar que las instituciones educativas privadas, en general, han tenido mejores resultados que las públicas.¹⁹ Aunque esta afirmación debe tomarse con ciertas reservas porque no en todos los países la educación privada ha dado los resultados de calidad esperados, la educación pública, a pesar de los avatares y la falta de financiamiento, sigue siendo aún puntero en educación científica, social y humanística, tal es caso de México.

Es necesario que los estados inviertan en educación, lo cual no implica sólo destinar mayores recursos para edificar más escuelas. Tampoco es suficiente obligar a los maestros a cumplir con determinado número de horas de enseñanza en el año lectivo, o establecer el vínculo entre la escuela y la industria, entre educación y empleo. En las sociedades industrializadas se dio el tránsito de la economía de la cantidad a la de calidad. En el mundo desarrollado la educación combina los criterios cuantitativos con los cualitativos, alfabetizando una basta población con vehículos transmisores del conocimiento que descansan en la supuesta “excelencia” del mercado y del consumo. Es decir, la educación es una mercancía, donde la oferta y la demanda están determinadas por el mercado.

¹⁹ Cfr. Gustavo Cosse, “El sistema de *voucher* educativo: una nueva y discutible panacea para América Latina”, en Rolando Franco [coord.], *Sociología del desarrollo, políticas sociales y democracia*, México, CEPAL/Siglo XXI, 2001, p. 289.

Sin embargo, en los últimos treinta años del siglo XX e inicios del XXI, se puede observar que en la historia de la filosofía de la educación no existen propuestas filosóficas novedosas en la educación y la enseñanza para América Latina y, menos aún, tienen como eje regulador el proyecto educativo del ser humano en una situación concreta, es decir, en su contexto histórico y social. Esto no es nada extraño, porque la filosofía de la educación en el mundo ha sido parcialmente abandonada, en muy pocas instituciones de educación superior se estudia la historia de la filosofía de la educación, tampoco se hace filosofía de la educación. La supuesta “Sociedad del conocimiento” ha traído como consecuencia poco interés por la filosofía de la educación y la epistemología educativa en nuestra región. Se abandonó o ¿se olvidó? la propuesta de Paulo Freire de una “pedagogía del oprimido” como proceso de concientización y lucha por la superación de la opresión, la marginación y la pobreza; la lucha por la liberación de los seres humanos de nuestra América.

El internacionalista mexicano Bernardo Sepúlveda Amor hace una llamada de atención sobre la importancia de la educación. Allí donde la filosofía de la educación deberá ser concebida como forma de entendimiento y de diálogo intercultural en el interior de los países y las naciones. Berlin apunta:

Quienes pertenecen a una cultura pueden, con la fuerza de su perspicacia imaginativa, entender los valores, los ideales, las formas de vida de otra cultura o sociedad, aún aquella que esté distante en el tiempo o en el espacio. Podrán encontrar esos valores inaceptables, pero si abren sus mentes generosamente advertirán cómo alguien puede existir plenamente como ser humano, y cómo es posible comunicarse intensamente con ese alguien. Y, al mismo tiempo, es posible vivir con valores radicalmente distintos a los propios, pero que de cualquier manera son valores, objetivos vitales que, al hacerse realidad, satisfacen un propósito humano. Existen múltiples fines que el ser humano busca y que, a pesar de su variedad, esos seres humanos pueden entenderse e ilustrarse recíprocamente. Por supuesto, si no tuviésemos una comunidad de valores con esas figuras distantes, cada civilización estaría encapsulada en su propia burbuja impenetrable.²⁰

²⁰ Sepúlveda Amor, *op. cit.*, p. 13.

Por lo anterior, la reflexión filosófica de la educación en América Latina es urgente. La cual sólo es posible en la praxis, del acto educativo y sus objetivos humanos y sociales, lo que plantea la necesidad de establecer pedagógicamente relaciones del ser humano con el mundo, desde la realidad histórica concreta, donde la crítica debe desempeñar un papel destacado al cuestionar los modelos educativos impuestos por los organismos internacionales (Fondo Monetario Internacional (FMI), Banco Mundial (BM), Banco Interamericano de Desarrollo (BID), etc.) y mostrar los aspectos alienantes que construyen la capacidad creativa de los educadores y de los educandos. Una filosofía de la educación planteada desde la praxis educativa necesita educar en la democracia, en la producción socializada del conocimiento, lo cual implica una educación autogestionaria y corresponsable, la que a la vez, se debe constituir en una respuesta alternativa y radical contra los sistemas opresivos y marginantes.

Desde nuestra propuesta, educar en la autogestión es darle un sentido social y un *telos* que tiene como objetivo el desarrollo del hombre en sociedad. Implica la combinación del estudio y el trabajo, de la teoría y la práctica, de la escuela y la vida, de la enseñanza, la producción y la práctica política,²¹ social, económica, científica y tecnológica.

²¹ Cfr. Mario Magallón Anaya, *Filosofía política de la educación en América Latina*, México, CCyDEL-UNAM, 1993, p. 9.